

vez más relevantes: *la lucha por los derechos humanos*. Un ilustre representante de la nomenclatura militar, el general Grigorenko había iniciado antes la lucha sobre este tema y en defensa específica de las nacionalidades perseguidas en la URSS. Fue expulsado de Rusia, junto con toda una legión de disidentes, sacados de las cárceles y los «gulags». Pero Andrei Sajarov sigue aún en Rusia y «habla». En textos que acabamos de señalar a pie de página, un escritor como Heinrich Böll y un gran periodista como Harrison E. Salisbury, del «New York Times», nos dicen quién es Sajarov. El primero lo define como un monje formado en el culto y la dimensión mental de las ciencias exactas, donde manifestó desde joven su genio que lo llevó a éxitos importantes en la física atómica, a los privilegios de la nomenclatura soviética y, por un proceso de conciencia, a la defensa, con rigor matemático, de la naturaleza amenazada y de los derechos humanos. «El *parece inmerso*, escribe Böll, en los sueños, a veces casi ausente, pero vigila siempre, siempre está presente, cortés y —la paradoja es sólo aparente— apacible luchador, bondadoso, implacablemente firme. Quisiera definirlo como un milagro, y probablemente lo es. Y hay con esto algo en él, aparentemente inexplicable, que suscita la irritación y la ira de los dominadores soviéticos; ellos no lo comprenden, no comprenden cómo un hombre que podría complacerse en la gloria del científico genial y descansar en los laureles, gozando de los frutos de sus merecimientos, pueda, en vez de ello, olvidándose de sí mismo, combatir por algo que aun estando escrito en todas las constituciones del mundo, apenas es respetado en escasos países: *los derechos del hombre*. ¿Es acaso posible que un derecho que se presta a tanta elasticidad, a interpretaciones tan diversas, pueda devenir una ciencia exacta? Sajarov, como científico y físico, ha descubierto la exactitud de los derechos del hombre, insiste en la exacta observancia de lo escrito en la Constitución soviética, insiste implacable, incesantemente» (*op. cit.*, págs. 9-10).

La aventura de Sajarov abre un capítulo especial en la lucha por la libertad en Rusia. Brinda el caso singular de un singular proceso de conciencia. Ante la bomba atómica, Einstein se limitó a decir una frase recordando un proverbio chino, frase sometida a complicadas interpretaciones en el aniversario de Hiroshima: «Hay ciertas cosas que no se deben hacer». La posición de Sajarov, después de una singular carrera de hombre de ciencia venerado y glorificado en la URSS, era mucho más brillante y sólida en la sociedad de su país, cuando su conciencia se enfrenta con la responsabilidad del hombre de ciencia ante la amenaza del holocausto final. Así evoca él este momento en una declaración al corresponsal del «New York Times» en Moscú, Hedrick Smith: «Gradualmente comprendí la naturaleza criminal no sólo de las pruebas nucleares, sino de la empresa en su conjunto. Empecé a considerar éste y otros problemas mundiales desde una perspectiva más amplia y humana». La aventura de Sajarov nacida de un problema de conciencia profunda y profundamente humana va sucesivamente emprendiendo derroteros diversos. Se orienta, en primer lugar, hacia la reforma de las ciencias exactas, de cara a la revolución de la ciencia en un sentido radical. Se opone a las pruebas nucleares. «Me convertí en un hombre diferente», confiesa. «Fue una ruptura radical». Lucha a brazo partido, con energía, contra la farsa científica, apoyada en los dogmas del partido, de Lysenko y el lysenkismo en la genética, la botánica, la biología, la agronomía. Mientras se extiende el campo de

acción en su lucha, bajan sus posiciones en los grados de la nomenclatura social de la URSS conferidas a los hombres de ciencia excepcionales o considerados como tales. Toma contacto con la comunidad nuclear de Turcomenia y toma posiciones cada vez más radicales contra el retorno a renovadas formas del dominio del terror. Luego, con Kapitsa, científicos, escritores, artistas, reclama la no «rehabilitación» de Stalin, que «sería un gran desastre», precisamente en la vía del retorno al terror.

En junio de 1968 publica el *Manifiesto* «Progreso, coexistencia y libertad intelectual». A raíz de la invasión de Checoslovaquia la contra-acción del gobierno ante él se endurece. Pero su papel dentro de la disidencia se fortalece, su prestigio le convierte en *personalidad mundial*. En un segundo *Manifiesto*, denuncia la situación económica precaria en la URSS y su retraso ante la «segunda revolución industrial». En 1970 empieza su lucha por *los derechos humanos* que sigue hasta hoy en su exilio de Gorki, con avatares de todo el mundo conocidos. Pide una liberalización general, el fin de las prisiones políticas y de las instituciones psiquiátricas con fines de persecución política. Una educación ciudadana que acabe con el servilismo y la hipocresía y asegure la dignidad del hombre. Paz, desarme, ayuda al Tercer Mundo, defensa de los derechos humanos y del medio ambiente. Crear nuevas ilusiones humanas en el pueblo y la *inteligentsia*. Con una precisión de su propia posición política. «Yo no soy comunista. Filosóficamente soy liberal y humanista». Escéptico en cuanto al porvenir del socialismo que en Rusia ha llegado a ser intolerancia, imperialismo chauvinista, ilegalidad, conformismo, brutalidad. Forma claramente perfilada la de su disidencia, que al colocarse fuera del sistema, deja de ser disidencia para alcanzar la identidad con la otra cara de la libertad en un mundo en que a la libertad se la mutila por todas partes. Invitado por la Universidad de Princeton, Sajarov se niega a aceptar, para no caer en la trampa de sus amigos de lucha Medvedev y Chalidze, que fueron privados de sus pasaportes. Su actitud adquiere un nuevo perfil y nuevo significado en esta confesión personal: «Me parece que tengo una deuda demasiado grande para ser pagada con las valientes y bondadosas personas que permanecen encarceladas en las prisiones, campos y hospitales psiquiátricos porque lucharon para defender los derechos humanos». Veinticinco años de lucha y la lucha continúa. La de un hombre que en su mundo lo tenía todo y que renunció a todos los privilegios que su sociedad le brindaba, por sus ideales de una sociedad nueva y una nueva condición humana.

En el caso de Sajarov, acaso en una forma más acentuada o en todo caso más perceptible que en el caso de Solshenitsin, el comportamiento del poder constituido, se atiene a algo así como una actitud inspirada en la *intocabilidad*. En efecto, hubiera sido inconcebible en cualquier otra circunstancia en la historia de la presencia «en la calle» de la oposición o la disidencia rusa, el que un Premio Nobel de la Paz —el bondadoso Sajarov, en esta circunstancia—, abofeteara como lo hizo a dos policías que le habían insultado ante el edificio donde se celebraba el proceso contra el físico Orlov y no pasara nada. En efecto, durante más de veinte años, pese a múltiples vejaciones, Sajarov fue, de acuerdo con las «maneras» soviéticas, un «intocable». «Había algo, afirma Böll, que les impedía llegar a los extremos. Ahora la inviolabilidad queda anulada. La deportación —no motivada ni siquiera formalmente— significa que Sajarov, hombre herido y vulnerable, ha sido colocado en condiciones tan amenaza-

doras para que se tenga temor por él. *Ellos* empujan. *Ellos* ya le han puesto las manos encima.» La violencia física represiva merodea en torno a la persona y las cosas de Sajarov. Probablemente si no se tratara de un físico atómico —en defensa de un principio, naturalmente, no de la violación de unos secretos que son ya secretos de Polichinela—, Sajarov ya estaría fuera como Solshenitsin, Siniavsky, Medvedev, Bukovsky, Zinoviev y tantos otros poetas, físicos, historiadores y críticos y artistas como Rostropovich.

XI

¿Cuál es con todo esto la doctrina esencial, a estas alturas, de Andrei Sajarov? Es la misma que él formulara en los *Manifiestos* de 1968 y 1973. Temas: el progreso real, la coexistencia, la libertad intelectual, el hambre en el mundo, el desarme, la contaminación del ambiente, la urgencia de algunos problemas que se refieren al hombre y su destino. Ya en el primer *Manifiesto* escribía: «Yo no soy un crítico puramente negativo de nuestro modo de vida; antes bien, reconozco los muchos valores positivos de nuestro pueblo y de nuestro país, al cual amo ardientemente. Pero me he visto obligado a fijar la atención en los fenómenos negativos, ya que precisamente sobre ellos guarda silencio la propaganda oficial, pese a que representan el mayor daño y más grave peligro. Yo no me opongo a la distensión, al comercio ni al desarme. Por el contrario, en varios escritos he pedido precisamente que se intensifiquen tales iniciativas. Precisamente en la convergencia veo el único camino para la salvación del género humano. Pero considero mi deber señalar todos los peligros ocultos de una falsa distensión, de una colusión-distensión, o de una capitulación-distensión, y debo solicitar que se empleen todos los medios y se aúnen esfuerzos para lograr una convergencia real, acompañada por la democratización, la desmilitarización y el progreso social»²⁵. Conviene poner de manifiesto el carácter radicalmente, intransigentemente democrático de Sajarov. En una carta a los dirigentes de la Unión Soviética del 8 de abril de 1974 manifestaba su disconformidad con Solshenitsin al afirmar éste, en su «vuelta» a las fuentes rusas de graves tintes nacionalistas, que «el régimen autocrático, en condiciones de legalidad y ortodoxia acaso no fuere tan malvado, si Rusia ha conservado con aquel régimen la propia salud nacional hasta el siglo XX». «Estos enunciados de Solshenitsin me son ajenos, decía Sajarov. Yo considero que la vía del desarrollo, democrática, es la única portadora de progreso, para cualquier país»²⁶.

En un documento todavía más reciente, una carta escrita desde su confinamiento de Gorki el 24 de marzo de 1981 sobre la responsabilidad mundial de los hombres de ciencia Sajarov formula un concreto mensaje de *esperanza*. Significativo mensaje de un sabio ante la situación de ingobernabilidad del mundo, donde un filósofo como Heidegger, en su mensaje final, veía la impotencia de los científicos y los hombres de Estado para buscar una vía de salida y decretaba: «Sólo un Dios nos puede salvar.»

²⁵ Cfr. *Habla Sajarov, cit.*, pág. 49.

²⁶ Cfr. *Omaggio a Sacharov, cit.*, pág. 25.